

El Evangelio de este día es de S. Mateo.

(Cap. 13. v. XXIV al XXX. inclusive)

... el pueblo esta parábola y así... el tiempo de dormir los hombres... el trigo en el campo... el fuego y meted despues el trigo en mi granero.

PLATICA XVIII.

Comportacion de Jesucristo en los dos primeros años de su pública predicacion, y el sermon de la montaña.

Colligite primum zizania, et alligate eam in fasciculos ad comburendum, triticum autem congregate in horreum meum.

Coged primero la cizaña, y haced gabillas de ella para el fuego, y meted despues el trigo en mi granero.

(San Matt., cap. 13, v. XXX).

En vano se os estimularia, mis amados, á que eligieseis por norma de vuestra conducta la vida de nuestro Redentor Jesus, sino tuvieseis una pequeña idea de las obras que ejecutó para nuestro ejemplo. Digo una pequeña idea, porque tener una noticia exacta de cuanto enseñó y practicó, es imposible, como afirma San Juan evangelista. Esto no obstante, sabemos afortunadamente lo que basta para tenerle por tipo de lo que debemos hacer á fin de atraernos las misericordias del Señor. ¡Ah! Dichoso el que elige á Jesucristo por su maestro y se comporta cual conviene á un discípulo suyo. Seguramente que el reino de los cielos será para quien así proceda. Diré mas: todos estamos obligados á imitarle, y sabido es que Dios no manda cosas imposibles: por consiguiente, si no cumplimos con esta obligacion tan estrecha, esto es, si no procuramos en cuanto está de nuestra parte imitar á Jesus Redentor nuestro, ya en promover la mayor honra y gloria de Dios, ya en la humildad, pobreza de espíritu y caridad con nuestros prógimos, y

ya finalmente, en la puntual observancia de la divina ley, no hay que dudar que nuestra condenacion será eterna. ¡ Librenos Dios de tan terrible mal!

A fin, pues, de evitar esta desgracia y de que tengais noticia de algunas de las obras que Jesucristo hizo y de las máximas que sentó, todo para nuestro bien y darnos ejemplo de vida, voy á hacer una reseña de lo mas notable que los Evangelistas nos refieren con relacion á Jesucristo en los dos primeros años de su pública predicacion. Digo pública, porque aunque es de creer que en cuantas ocasiones se le presentaran daria consejos de vida eterna, no lo hizo de un modo público y solemne hasta despues de haber recibido el Bautismo de mano de San Juan Bautista. La doctrina que enseñó, es toda divina como no puede menos, ni hasta que el Señor la publicó, se habia oido otra igual en la tierra. Toda despide dulzura y amor, y no conoce la muerte, es decir, el que la cree y vive como ella reclama, no morirá, vivirá eternamente. Dormirá el sueño de paz y de contento y despertará alegre sin volver á dormir mas, porque jamás sentirá cansancio.

Sí, mis amados, de la fiel observancia de la doctrina que nuestro divino Maestro nos enseñó, pende el ser nosotros eternamente felices ó desgraciados; y hé aquí por qué me decido á presentárosla tal cual la enseñó el mismo Señor. Continúad con atencion.

Describiendo el evangelista San Mateo lo que hizo nuestro Redentor Jesucristo despues de haberse bautizado, nos dice (1): que fué conducido al desierto por el Espíritu Santo para que fuese tentado *alli* por el diablo. Y despues de haber ayunado cuarenta dias con cuarenta noches tuvo hambre. Entonces acercándose el tentador, le dijo: Si eres el hijo de Dios, dí que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesus le respondió, escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra ó *disposicion* que sale de la boca de Dios. Despues de esto le trasportó el diablo, *permitiéndolo así Dios para luego ostentar mas su poder*, á la santa ciudad de *Jerusalen*, y le puso sobre lo alto del templo, y le dijo: si eres el hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues está escrito: Que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en *las palmas* de sus manos para que tu pie no tropieze en alguna piedra. Y Jesus le replicó: tambien está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Todavía le subió el diablo á un monte muy encumbrado, y le mostró to-

(1) Cap. 4, v. 1 y sig.

dos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí me adorares. Entonces le respondió Jesus: Apartáte de ahí Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás. Con esto le dejó el diablo; y hé aquí que se acercaron los ángeles y le servian. Hasta aquí el Evangelista San Mateo. Un acontecimiento tan grave conviene no dejarle pasar desapercibido. El nos presenta á Jesus ayunando por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches; y esto, no en la poblacion, sino en el desierto. Jesucristo nada hizo sin proponerse en todas sus obras un fin santísimo, ¿cuál, pues, sería el que intentára con aquel ayuno y en sitio tan retirado? Esto es lo que interesa saber al cristiano, y esto mismo es lo que os voy á manifestar. Moisés ayunó cuarenta dias y cuarenta noches antes de promulgar, por mandato de Dios, la antigua ley; justo parecia que Jesus, representado por Moisés, ayunara tambien por igual tiempo antes de promulgar la nueva ley, y como el hacerlo así parecia justo, justamente lo hizo nuestro divino Redentor. Los apóstoles lo aprendieron del Señor, conocieron su mérito y cuán del agrado de Dios es el ayuno cuádragesimal, y le observaron, y por la misma razon la Iglesia nuestra Madre manda á sus hijos que le observen. Ayunó Jesus en el desierto, y allí oró, y lo hizo así para enseñarnos prácticamente convenientemente es apartarse del bullicio mundano y dedicarse á la oracion para mejor servir á Dios y estar preparados para vencer las tentaciones con que necesariamente ha de asaltarnos el dragon infernal, á fin de perdernós para siempre. Digo que necesariamente ha de tentar-nos el demonio; porque rabioso como está al verse tan desgraciado, y no ignorando que el buen cristiano se salva, hace todo cuanto puede para evitar la salvacion de los hombres; y procediendo con la envidia propia de él, no omite medio para lograr su intento. Diré mas: cuanto mas perfecto desee ser el cristiano, es mas tentado indudablemente; pero mayores son tambien las victorias que del demonio consigue, obrando como Jesucristo obró, y mayores serán los premios que obtenga de Dios. El demonio se conduce con nosotros como los corsarios en el mar. Si alguna barca pasa con cargamento pobre, no hacen diligencias para posesionarse de ella, aunque fácil les sea su adquisicion; pero al contrario, si un buque cualquiera va cargado de riquezas, redoblan sus esfuerzos para apresarle, y rabian si se les huye. Pues así el demonio, si nos ve negligentes, tibios, ó ya en pecado mortal, escusa sus tentaciones porque la presa está hecha; pero si activos y celosos por servir y agradar á Dios nos llega á observar, entonces es cuando valiéndose de mil modos pone en juego sus ardidés para arruinarnos. Esta es la ruina

que Jesucristo ha querido que evitemos, y al efecto nos dió ejemplo. El retiro, el ayuno, la oracion y la palabra de Dios, son las armas del cristiano y con ellas vencerá, porque nuestro divino Redentor con la victoria que obtuvo, las comunicó esta gracia. Consintió ser tentado por el diablo y tuvo hambre y sed para demostrarnos que era verdadero hombre y participaba de todas nuestras penalidades, esceptuando el pecado y sus consecuencias mas inmediatas que son la ignorancia y la concupiscencia (1), y ved ya demostrado no solo el fin que Jesucristo se propuso al retirarse al desierto á ayunar y orar, sino tambien descubierta la causa porque quiso ser tentado.

Obtenida la victoria, y alimentado algun tanto, fué el Señor al Jordan y al ver S. Juan que venia á encontrarle (2), dijo: He aquí el cordero de Dios, ved aquí al que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varon, el cual ha sido preferido á mí; por cuanto era ya antes que yo. El que me envió á bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el *Espíritu Santo* y reposa sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que él es el hijo de Dios. Al dia siguiente (3): otra vez estaba Juan allí con dos de sus discípulos, y viendo á Jesus que pasaba, dijo: Hé aquí el cordero de Dios. Los dos discípulos al oírle hablar así, se fueron en pos de Jesus. Y volviendo el Señor... al ver que le seguian, les dijo: ¿Qué buscáis? Respondieron ellos: Maestro ¿dónde habitas? Venid y lo vereis, les dijo el Señor. Fueron con efecto, y se quedaron con él aquel dia. Uno de los dos que le seguian era Andrés, hermano de Simon Pedro, y este fué el primero á quien Andrés habló despues de esta ocurrencia, y le dijo: Hemos hallado al Mesías; y le presentó á Jesus, quien fijando los ojos en él le dijo: tú eres Simon hijo de Juan: tú serás llamado Pedro. Al dia siguiente de pasar esto, determinó Jesus encaminarse á Galilea, y en el camino encontró á Felipe, y le dijo: Sígueme. Felipe era paisano de Andrés y de Pedro, y al hallar á Natanael ó sea Bartolomé, como entienden muchos, le dijo Felipe: Hemos encontrado aquel de quien escribió Moisés, y pronunciaron los profetas, á Jesus de Nazaret, el hijo de José. ¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena? dijo Natanael á Felipe, y este le repuso, ven y lo verás.

Quando vió Jesus venir hácia sí á Natanael, dijo de él: Hé aquí un

(1) S. Pablo á los heb., cap. 2, vv. XVII y XVIII.

(2) S. Juan, cap. 1, vv. XXIX, XXX y XXXIII.

(3) *Ibid.*, vv. XXXV y sig.

verdadero israelita en quien no hay doblez ni engaño. Pues ¿de dónde me conoces? dijo Natanael á Jesus; y el Señor le respondió: Antes que Felipe te llamará, yo te ví cuando estabas debajo de la higuera. Al oír esto Natanael, le dijo: ¡O maestro miol tu eres el hijo de Dios, tú eres el rey de Israel. Mayores cosas que éstas verás todavía, dijo el Señor; y añadió: En verdad, en verdad os digo, que algun dia vereis abierto el cielo, y á los ángeles de Dios subir y bajar, sirviendo al hijo del hombre. He aquí, mis amados, como se efectuó la vocacion de los primeros discípulos de nuestro divino Redentor. Ya desde este momento es necesario contemplarle como un gigante (1) que se empeña en su carrera (2), resuelto á no descansar hasta verla concluida. Recorre la Galilea y la Judea, y derrama por todas partes la luz de su celestial doctrina. Anuncia el reino de Dios y su justicia, enseña verdades que jamas habia pido el mundo, predica la pureza del cuerpo y del corazon, el amor á todos los hombres, sin esceptuar los enemigos, el desprendimiento de las riquezas, la huida de los placeres, la abnegacion de sí mismo, la pobreza de espíritu, el deseo de las mortificaciones, el amor á las cruces... en suma, predica aquella admirable doctrina que ha formado la multitud de santos que veneramos en los altares, y que asombraron al mundo, á los ángeles y á los hombres con sus virtudes.

Camina de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, no solamente enseñando con el ejemplo, y predicando el Evangelio eterno, sino tambien haciendo bien por donde quiera que pasa y obrando prodigios por todas partes. Estos fueron los que movieron á Nicodemo, varon principal entre los judíos y uno de los maestros de Israel para ir de noche en busca de Jesus y decirle (3): Maestro, nosotros conocemos que eres un maestro enviado de Dios para instruirnos; porque ninguno puede hacer los milagros que tu haces, á no tener á Dios consigo. Tan estupendos eran sus prodigios, mis amados, que los mas interesados en desvirtuarlos, no podian menos de confesar con Nicodemo que Dios estaba con Jesus. Asi lo reconocieron tambien los samaritanos con motivo del lance ocurrido en el pozo, segun que nos lo refiere el Evangelista san Juan (4). Cansado Jesus (*nos dice*) del camino, se sentó á descansar sobre el brocal del pozo llamado la fuente de Jacob. Era ya cerca de la hora de sesta cuando vino una mujer samaritana á sacar agua. Y Jesus

(1) *Mazo*, fol. 96.

(2) *Salm.* 48, vv. VI y VII.

(3) *S. Juan*, cap. 3, vv. I y II.

(4) *Cap.* 4, v. 1 y siguientes.

la dijo: dame de beber. Mas ella le respondió: Como tú, siendo judío, me pides de beber á mí, que soy samaritana. Porque los judíos no se comunican con los samaritanos. En respuesta la dijo Jesus: Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber; puede ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva. Señor, dijo la mujer, tú no tienes con que sacarla, y el pozo es profundo, ¿dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, del cual bebió él mismo, y sus hijos y sus ganados? Jesus la respondió: cualquiera que bebe de esta agua tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá á tener sed; antes bien el agua que yo le daré, vendrá á ser dentro de él un manantial de agua, que manará *sin cesar* hasta la vida eterna. Pues, Señor, dame de esa agua dijo la mujer, para que no tenga yo mas sed, ni haya de venir aquí á sacarla. Pero Jesus la dijo: Anda y llama á tu marido, y vuelve con él acá. Si yo no tengo marido; dijo la samaritana. Y Jesus la repuso; tienes razón en decir que no tienes marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es marido tuyo. Señor, dijo entonces la mujer, yo veo que tú eres un Profeta. Nuestros padres adoraron á Dios en este monte, y vosotros los judíos decís que en Jerusalem está el lugar donde se debe adorar. Sé que está para venir el Mesías. Cuando venga, él nos lo declarará todo. Ese soy yo que hablo contigo, dijo Jesus á la mujer, y sin aguardar estas cosas, dejó allí su cántaro y se fué á la ciudad diciendo á cuantas gentes encontraba. Venid y vereis á un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho. ¿Será quizá este el Cristo? Al oír esto, salieron de la ciudad y vinieron á encontrar á Jesus; venidos á él los samaritanos, le rugaron que se quedase allí. Con efecto, dos dias se detuvo Jesus en aquella ciudad, con lo que fueron muchos mas los que creyeron por haber oído sus discursos. Y decían á la mujer. Ya no creemos por lo que tú has dicho; pues nosotros mismos le hemos oído, y hemos conocido que este es verdaderamente el Salvador del mundo. Y cómo no habian de conocerle, cristianos, por verdadero Mesías viendo como veian los signos inequívocos de ser Jesus el deseado de las gentes? Solo Dios conoce lo que por nuestro corazón pasó, y Jesus manifestaba lo que pasaba por el corazón de cada uno de los hombres. Solo Dios puede hacer milagros y Jesus los hacia en virtud propia, y para probar la divinidad de su persona y doctrina. Si Jesus sana á los enfermos (1), da vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los tullidos

(1) Mazo, fol. 97.

dos y vida á los muertos. Manda á los vientos y le obedecen, quiere andar sobre las aguas y le sostienen; la tierra se estremece bajo de sus pies, y toda la naturaleza se apresura á obedecerle. Afable como él solo con toda clase de personas, no cesa de inculcar á todos máximas de vida eterna. Atonitos cuantos le oían se preguntaban unos á otros (1), Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta? En una de las veces que Jesucristo predicó en la sinagoga habia, dice san Marcos Evangelista (2), un hombre poseido del espíritu inmundo ó sea del demonio, el cual exclamó diciendo; ¿Qué tenemos que ver contigo, ó Jesus Nazareno? ¿Has venido á perdernos? Ya se quien eres: eres el Santo de Dios. Mas Jesus le conminó diciendo: Enmudece y sal de ese hombre. Entonces *continua el mismo Evangelista*, el espíritu inmundo, agitándole con violentas convulsiones y dando grandes alaridos, salió de él. Como este caso tuvo lugar en presencia de mucha gente, creció la fama de Jesus por toda la Galilea, y á bandadas marchaban las gentes en pos de él para oírle y admirar sus obras. No habia enfermo que no curase fuera la que quisiera la enfermedad ó mal que le molestara. Asi es que todo el mundo, usando de la expresión de san Lucas (3), procuraba tocarle; porque salía de él una virtud que daba la salud á todos. ¿Qué mucho pues, señores, que multitud de turbas siguieran al Señor? Solos los fariseos y los que tuvieran tan mala fé como ellos podrian pensar en quitar la vida á Jesus que por do quiera que pasaba no hacia sino bien. Si, cristianos, no lo dudeis; los fariseos lo mismo que los príncipes de los sacerdotes, al oír las conversaciones del pueblo en favor de Jesus, determinaron prenderle y al efecto mandaron (4) ministros ó alguaciles con este encargo. Mas Jesus les dijo: todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y despues me voy á aquel que me ha enviado: con esto nadie se atrevió á echarle mano y se volvieron los agentes á los pontífices y fariseos sin hacer lo que estos les mandaron, quienes al ver sin cumplir su orden, digeron á los ministros; ¿cómo no le habeis traído? Y ellos respondieron. Jamas hombre alguno ha hablado tan divinamente como este hombre. Los fariseos repusieron. ¿Qué, tambien vosotros habeis sido embaucados? Solo este populacho que no entiende la ley, es el maldito. Entonces Nicodemo, aquel mismo que de noche vino á ver á Jesus, y era uno de los príncipes, dijo á sus compañeros. ¿Por ventura nuestra ley condena á nadie, sin haberle oído primero, y examinado su proceder? Asi quiso, mis amados, dar á

(1) S. Marc., cap. 1, v. 27.

(2) Ibid., v. 23 y siguientes.

(3) Cap. 6, v. 19.

(4) S. Juan, cap. 7, vv. XXXII, XLV y siguientes.

entender á aquellos hombres soberbios, que no era el celo de la Ley el que les movía para proceder contra Jesucristo, sino la envidia que les devoraba al ver lo que veían, y la rabia que les causaba el oír que todos sus fraudes é hipocresías se descubrían.

Nada ignoraba nuestro divino Redentor de cuanto contra él maquinaban los fariseos y pontífices, pero como no había llegado la hora de padecer, se retiró á orar en un monte, y pasó toda la noche orando. Así que fué de día, dice S. Lucas (1) llamó á sus discípulos, y escogió doce entre ellos (á los cuales dió el nombre de apóstoles); y al bajar con ellos, se paró en un llano, juntamente con la compañía de sus discípulos, y de un grande gentio de toda la Judea, y en especial de Jerusalem, y del país marítimo de Tiro y de Sidon que habían venido á oírle y á ser curados de sus dolencias. Entonces *Jesús* levantando los ojos hácia sus discípulos decía (2): Bienaventurados *vosotros* los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reireis. Bienaventurados sereis cuando los hombres os aborrezcan, y os separen ó no os admitan en sus reuniones y os afrenten, y abominen de vuestro nombre como maldito, en odio del hijo del hombre. Alegraos en aquel día y saltad de gozo; porque os está reservada en el cielo una grande recompensa. ¡Mas hay de vosotros los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo. ¡Ay de vosotros los que andáis hartos! Porque sufrireis hambre. ¡Ay de vosotros los que ahora reís! porque *dia vendrá* en que os lamentareis y llorareis. ¡Ay de vosotros cuando los hombres mundanos os aplaudieren!.... Ahora bien, á vosotros que me escucháis digo yo (*continuaba el Señor diciendo á las turbas*): Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen: bendecid á los que os maldicen; y orad por los que os calumnian. A quien te hiriere en una mejilla, preséntale asimismo la otra, y á quien te quite la capa, no le impidas que te se lleve aun la túnica. A todo el que te pida, dále; y al que te roba tus cosas, no se las demandes. Tratad á los hombres de la misma manera que quisierais que ellos os trataran á vosotros. Que sino amáis sino á los que os aman, ¿qué mérito es el vuestro? porque también los pecadores aman á quien los ama á ellos. Y si hacéis bien á los que bien os hacen; ¿qué mérito es el vuestro? puesto que los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis á aquellos de quienes esperáis recibir *recompensa*, ¿qué mérito tenéis? pues también los malos prestan á los malos, á trueque de recibir

(1) Cap. 5, v. XIII y siguientes.

(2) *Ibid.*, v. XX y siguientes. Tamb. en S. Mat., cap. 5, 6, y 7.

de ellos otro tanto. Empero vosotros amad á vuestros enemigos; haced bien y prestar sin esperanza de recibir nada por ello; y será grande vuestra recompensa, y sereis hijos del Altísimo: porque él es bueno ó *benéfico* aun para los mismos ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, así como también vuestro padre es misericordioso. No juzgueis, y no sereis juzgados: no condeneis, y no sereis condenados: perdonad, y sereis perdonados. Dad, y se os dará: *dad abundantemente*, y se os echará en el seno una buena medida apretada y bien atestada, hasta que se derrame, porque con la misma medida conque midiereis á los demás, se os medirá á vosotros. Proponiales asimismo esta semejanza; ¿por ventura, puede un ciego guiar á otro ciego? ¿No caerán ambos á dos en el precipicio? No es el discípulo superior al maestro: pero todo discípulo será perfecto como sea semejante á su maestro. Mas tú ¿por qué miras la mota en el ojo de tu hermano, no reparando en la viga que tienes en el tuyo? O ¿cómo dices (1) á tu hermano: deja que yo saque esa pagita de tu ojo, mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás como has de sacar la mota del ojo de tu hermano. Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y os abrirán. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla, y al que llama, se le abrirá. ¿Hay por ventura alguno entre vosotros que pidiéndole pan un hijo suyo, le dé una piedra? ¿O que si le pide un pez, le dé una culebra? Pues si vosotros siendo malos ó *de mala ralea*, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos ¿Cuánto mas vuestro Padre celestial dará cosas buenas á los que se las pidan?.... ¡Oh qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce á la vida *eterna*! ¡Y qué pocos son los que atinan con ella! Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas; mas por dentro son lobos voraces. Por sus frutos ú obras los conoceréis. No todo aquel que me dice: ¡Oh Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos, si no el que hace la voluntad de mi Padre celestial. Por tanto cualquiera que escucha estas mis instrucciones y las practica, será semejante á un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra. Pero cualquiera que oye estas instrucciones que doy y no las pone por obra, será semejante á un hombre loco que fabricó su casa sobre arena, y cayó la lluvia y vinieron avenidas de ríos, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fué grande.

Luego que *Jesús* concluyó este razonamiento, los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina, porque su modo de instruirlos era

(1) S. Mat., cap. 7, v. IV y siguientes.